jamás verdugos semejantes á quienes faltara tan completamente el sentido moral, ó por mejor decir, el sentido humano.

Robespierre, cuyo buen sentido no se cegó por la crueldad ni el temor, comprendió cuando se le refirió esta escena, que este estúpido Hebert habia deshonrado al tribunal y glorificado á la acusada. Hízole duras reconvenciones sobre ello, y Hebert tembló de haber irritado á la hiena.

Tales fueron estas tres eternas sesiones que se abrían á las nueve de la mañana y no terminaban sino muy entrada la noche. ¡Suplicio que preludiaba un suplicio! La reina se hallaba destrozada por dilatadas torturas físicas y morales. Apenas tomaba á hurtadillas, el alimento suficiente para conservar la vida en aquel cuerpo abrasado por la fiebre. Hallábase atormentada por una sed ardiente y tenia que esforzarse para darse en espectáculo á los tigres del auditorio.—«¡*En pié la viuda Capeto!*» exclamaba á cada instante aquel público brutal poseido de una curiosidad feroz. Ella se levanta vacilante pero siempre digna, apoyando la mano en el taburete que le sirve de asiento para recobrar fuerzas, y murmura estas lastimosas palabras:—«¡*El pueblo se cansará pronto de mis fatigas!*»

Hubo un momento en que pareció abandonarla la vida, y se la oyó gemir estas palabras: ¡Qué sed tengo! Los mas próximos á ella se miraron al oírlo, pero ninguno de aquellos cobardes se atrevió á dar de beber á la mártir. Finalmente, un gendarme tuvo compasión de ella y fue á buscar un vaso de agua (1).

La segunda noche, al conducirla á la cárcel, se detuvo rendida en el patio de la Conserjería.—«*No veo nada, dijo, no puedo mas, no sé andar.*» Y fue preciso que un gendarme la sostuviera del brazo, para que pudiese subir las tres gradas que conducían á su aposento.

Y siempre María Antonieta volvía á encontrar en la audiencia aquella admirable energía que la hacia reina aun para sus verdugos, que estaban admirados y vencidos.

Su defensa no debia ser mas que una ilusoria formalidad; ella lo sabia; pero debia á sí misma, á su hijo, á los suyos, á la monarquía, no abandonar en nada sus derechos. Sin sacrificar nada de la magestad de su desgracia, quiso hasta el último momento tomar por lo serio su defensa. Compárese la admirable actitud de esta mujer con la de los insensatos que la perdieron, con la de sus mismos jueces, el día en que les dió la justicia divina el prelude de su castigo. Ellos tambien, girondinos ó de la montaña, se defenderán; ¡pero con qué miserable fatuidad y encaprichamiento! ¡con qué secretos terrores, con qué desesperaciones! Esto consistirá en que les faltará á todos lo que sostiene á la reina en estas horas terribles, la conciencia y la fe.

Los dos defensores irrisoriamente nombrados á María Antonieta, no fueron avisados hasta el domin-

(1) *Testamento de María Antonieta, viuda de Capeto*, de la imprenta del verdadero Criollo Patriota: *Historia de María Antonieta* por Montjoye: *Historia de María Antonieta* por Edmundo y Julio de Goncourt.

go 13 de octubre á media noche. Durante los dos primeros dias del proceso, no se les permitió tener con la acusada mas que tres cortas entrevistas de un cuarto de hora, y ni fueron siquiera libres estas conferencias, pues las presidió una vigilancia amenazadora.

Por otra parte, como lo hacen notar justamente MM. de Goncourt, ¿podía la reina conceder desde luego toda su confianza á abogados nombrados por el tribunal? Sin embargo, dejándose rendir á la conveniencia de su interés y á la conmiseración de sus palabras, y atormentada por ellos en nombre de sus hijos, consintió en pedir un plazo que les diera tiempo para elaborar su defensa, y escribió la siguiente carta al presidente de la Convencion:

«Ciudadano presidente:

»Los ciudadanos Troncon y Chauveau, que me ha dado el tribunal por defensores, me hacen observar que no se les ha avisado hasta hoy de su misión; yo debo ser sentenciada mañana, por lo que les es imposible instruirse en tan corto término de los documentos del proceso, y ni siquiera leerlos. Debo á mis hijos no omitir ningun medio necesario para la completa justificación de su madre. Mis defensores piden tres dias de término; yo espero que se los concederá la Convencion.

»MARIA ANTONIETA (1).»

Como se puede suponer negóse el término. El 15 á media noche, intimó Hermann á los defensores y les dió un cuarto de hora para preparar la defensa de la acusada. Estos se distribuyeron á toda prisa su inútil tarea. Troncon Ducourdray se encargó de combatir la acusación sobre inteligencia con los enemigos de lo interior. Chaveau Lagarde rechazará la inculpación de complicidad con el extranjero. El mismo vacío de la acusación les abrume. Nada se ha probado. Dejando á parte las feas necedades de dispendios, de orgías, de balas masticadas, no ven mas que el negocio Septeuil y el de la resistencia de los suizos. Bajo el primer punto se ha invocado dos bonos de 80,000 libras, firmados *María Antonieta*, con fecha 10 de agosto; un testigo, *Fiset*, los vió en casa de Septeuil, pero no se les ha presentado; *Olivier Garnerin* dice que se le regalaron á Mad. Polignac, pero el relato de Valazé en el proceso del rey ha hablado de un recibo de 1,500 libras. Bajo el segundo punto, un tal Didier Jourdenil ha dicho haber visto en casa de Affrey un billete de la reina que contenía estas palabras. «¿Se puede contar con vuestros suizos? ¿Harán frente cuando sea tiempo?» Este billete no se le ha vuelto á presentar, lo mismo que los dos bonos.

Así, Chaveau Lagarde comenzara con estos admirables y valientes palabras su defensa, que fue un hermoso acto de valor.

«Solo me embaraza en este asunto una cosa: no es el no hallar respuestas sino el no encontrar objeciones.»

(1) *Asunto de los papeles del ex-convencional Courtois* (por M. Courtois hijo) Paris, Delaunay, 1834.